

ROBERT KENNEDY

La trayectoria de los Kennedy lleva a pensar, automáticamente, en la tragedia de los Graco. Ambos llegaron a las máximas jerarquías de poder de las sociedades en que vivían. Ambos eran ciudadanos de los imperios más poderosos de su tiempo. Las semejanzas no acaban allí, porque ambos, finalmente, fueron eliminados cuando intentaban convencer a las plutocracias que gobernaban sus respectivos países de la necesidad de introducir profundos cambios.

La muerte joven es la frustración de una promesa, y la supresión violenta nos golpea como una injusticia. La magnitud de la tragedia nos deja perplejos, y la necesidad de alivio tiende a inclinarnos por no pensar, por atribuirlo al acto aislado de un irracional, a la ceguera solitaria de un fanático. Dos son, en efecto, las primeras explicaciones que se esgrimieron: el desvarío de un loco, el furor de un militante jordano o comunista. Conviene, sin embargo, que las meditemos antes de aceptarlas como definitivas. Porque ¿qué clase de locura es ésta que mueve a atacar sólo a los que piensan de determinada manera? ¿Es casual que todos los balazos sean para los Kennedy, los Luther King?... La teoría del fanático comunista no resiste, tampoco, el análisis más leve: mientras Goldwater, Nixon o Reagan proponen la mano dura con Pekín y Moscú, ¿por qué matar justamente a quien predicaba la coexistencia y la negociación?

A esta altura de las cosas, cualquiera tiene a su alcance los elementos como para conocer al mundo y enterarse de cuáles fuerzas se mueven en él. El crimen, el autor y los móviles verdaderos permanecerán, quizá,

—como en el de John, como en el de King— para siempre en la sombra. Y, como en todo lo importante, cada cual deberá concluir por sacar, solo, sus propias conclusiones.

En su juventud, a Prometeo le fue dado escoger entre una

ceмос. Por eso fue blanco —como Juan XXIII— de aquellos para quienes la vida no es incitante desafío sino medroso vigilar.

El Kennedy hombre, el líder joven y maduro preparado a luchar por la presidencia y dis-



muerte cercana y heroica o una vida larga y holgada. Prometeo eligió la gloria y, desde entonces, cargó sobre sí la certeza de su pronta inmolación. Así ha pasado con Robert Kennedy. Como John, como King, al desafiar la médula misma de las fuerzas regresivas, asumió la certidumbre de su propia destrucción.

Promesa generacional explosiva y trunca, Kennedy brilló entre nosotros como un adelantado a su tiempo; el avizor de horizontes que nosotros aún descono-

puesto a "morir por los ideales para que los ideales sigan viviendo", ya no está más. La antorcha fue suprimida en su momento de máximo esplendor y el mundo quedó huérfano de una voz que ya nunca escuchará.

El joven Kennedy vivirá, empero, para siempre entre nosotros. Como John, como King, su vida, su muerte lo dicen todo: símbolo del mundo que queremos construir y poderío de los enemigos que aguardan emboscados.

Andrés Cisneros